



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

15 CENTIMOS NÚMERO

Á CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	FUNDADOR	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas. > trimestre..... 2,50 > año..... 10	EDUARDO SOJO	EN PROVINCIAS. { Un trimestre..... 3 pesetas. > semestre..... 6 > año..... 12

NOTICIA

«El periódico ilustrado DON QUIJOTE ha tenido que suspender por esta semana su publicación á causa de habersele tachado en la censura la mayor parte del original artístico y literario que tenia dispuesto.»

(5 de Julio 98, *El Imparcial*.)

CONFITEOR-DEO.

—Sancho, dime, por Dios y tu ánima, qué término han tenido las cosas, si es que ya lo tuvieron, y qué oyes decir por ahí á las gentes.

—¿No lee vuesa merced periódicos?
—Ni uno, Sancho... Desde el desastre cervetil, no quiero verlos, y aun pienso que sólo el censor se los lee, por pena de sus pecados, ¡que tal castigo es purgatorio! Hablo de los periódicos politiqueros y rotativos —casa Canalejas—casa Silvela,—ó casa quien fuera el político que los tiene como se puede tener un carruaje con criados y librea. Y no los leo, porque no quiero ver por mis ojos noticias; pero he de decirte... que luego me pica el deseo y te pregunto noticias... dímelas pues.

—¡Ay, señor don Quijote! Mucho sé, y mucho le diría; pero no he tenido tiempo, que en otros quehaceres tengo de ocupar el ánimo... y ruégole á vuesa merced me deje y no me quite el sosiego, que me es muy necesario ahora... ¡bien puede creermel!

—¿Pues qué es lo que intentas hacer?
—Retirarme á un lugar solitario.
—Vas á hacerte cenobita como San Pablo, el primero de los ermitaños... ¡Ay Sancho! No te fies de esperar al cuervo con la hogaza, que el pan está caro y los cuervos ya no acuden al servicio de los santos.

—No quiero hacerme ermitaño, y eso que, aunque tal hiciera, no haría nada de más, porque tal es la vergüenza que uno siente al ver á España regida por un pisaverde como el consorte «dorado de barniz aristocrático», Sánchez, el bueno de Sánchez; por un garbanero como Gamazo y por hombrecillos como los otros tales... Yo solo voy á retirarme por un breve tiempo, para hacer un examen detenido de mi propia vida y de mis pensamientos.

—¿Y á qué fin todo ello?
—Porque me voy á confesar.
—¿No cumpliste con la iglesia?
—Cumplí, señor, cumplí... Y no soy yo de los que están cada lunes y cada martes confesándose; pero son muchos los remordimientos que tengo, y quiero limpiar el alma.

—Bueno es ello, y no habré yo de censurarlo; pero pienso que mejor sería que yo te dijere antes cuatro palabras bien pensadas y dirigidas al caso de recordarte lo que ha de ser un examen de conciencia y otras cristianas reflexiones.

—Señor de mis entretelas... No piense que eso me disgusta, no; antes bien le agradezco el ofrecimiento, y el consejo de mucho ha de servir á mi natural torpeza y á la densa ignorancia en que confieso que vivo. Yo he de decirle mis pecados punto por punto...

—No, Sancho, no, ¡yo no pretendo eso! Ni yo soy tonsurado, ni vestí hábitos faldados, ni otro atavío que

el de guerra, como es propio y los usa quien cual yo profesa la orden de la andante caballería... Sólo he querido sermonearte un poco de lo que he leído y sé y tú no sabes, y esto para que vieras que tanto me cuido yo de la salud de tu cuerpo como de la de tu alma. Siempre bien te quise.

—Lo sé, y por lo que sé de ello es por lo que deseo decirle mis pecados... pues mi caletre no sabe si son pecados los que tengo por tales y ni aun si yo los cometí, ni el orden en que he de confesarlos, y estas ignorancias mías son las que me hacían irme á lugar solitario para devanarme los sesos en hacer por mí el aprecio y discurso de tales dudas, con grande angustia de mi alma.

—Vaya, hombre, no pases pena, dime los pecados ó las cosas que tales te parecen; y en cuanto al orden, sujétate á seguir los mandamientos, y para la memoria de los que fueres recordando, pues te vales del contar por los dedos, que para ello sirven las manos.

—Es el caso, señor, que he leído por ahí que la prensa tiene la culpa de cuantos daños han ocurrido y ocurren á la patria... y como sabe vuesa merced que vuesa merced me ha metido en estas aventuras de periódicos... temo haber pecado y haber hecho *decadente*... esto, así lo dicen... y *degenerado al pueblo español*... Quiero ver si pequé, para si hubiera pecado confesarme y pedir absolución... y cambiar de vida.

—Veámoslo... ¿Tú has amado á Dios sobre todas las cosas?

—No.
—¿Cómo no?
—Porque no pude... ¿Cómo había yo de estar sobre todas ellas; eso sólo puede hacerlo el Gobierno que está encima de todos y sobre todos nosotros... y éste yo no sé si ama á Dios... pienso que sólo ama á la señá Vir tudes.

—¿Juraste?
—Y rejuré y juraré miles y miles de veces...
—¿Santificaste fiestas...?
—Y colgué los balcones...
—Honraste á los padres, á los mayores, á las personas, autoridad y doctrina.

—Con exceso... he venido respetando hasta á Aguilero y sufro á Sánchez—del que dicen que sabe *inglés*...
—En esto de respetar al comisionista, gran maestre de la cursilería, fastuoso como un viajante, mal haces.

—Llegamos al quinto, y por Dios, señor y amo mío que no escribí línea para que matasen españoles... sinó para que éstos defendieran á su madre patria...
—Justo fuiste.

—No... huí de la tía Paz ni tengo cupón ni otras porquerías...

—Está bien, Sancho... ¿Y mentir?
—Repetí lo que decían los rotativos y el Gobierno, creyendo que no me engañaban.

—Bueno,—yo no veo cual puede ser tu pecado.
—En que digo y repito, que esto no es pueblo, que la raza nuestra está *degenerada*... y *decadente*... y lo digo y no sé lo que digo.

—En esto si hay pecado, Sancho. Ahora «los del cupón» salen por ahí alabando á los yanquis porque son sesenta veces más que nosotros... y porque arteramente, vilmente, después de hacer que nos quebran-

tara una insurrección durante tres años... nos han hecho guerra... Pero, en fin, tus pecados no son tales pecados, y yo te absuelvo.

—Gracias sean dadas á vuesa merced por su benevolencia. Y ahora, *¡vida nueva!*

DE TRISTE ACTUALIDAD

¡SALVE, REGINAL!

(DEL POEMA «COLÓN»)

¡Bien por Colón! Si más le atormentaron desde que Octubre, por su mal, corría, mil señales de tierra le alegraron, en la mañana del oncenno día.

—Un palo y una caña aquí alcanzaron.

—Allí un bastón labrado ve un vigía.

—Parece que ya tierra á ver se alcanza...

¡Cuánta prueba, es decir, cuanta esperanza!

—¡Un junco!... Es tan reciente, que ver creo el brillo de la hoz que lo ha segado.

—¡Cuán nueva es esa hierba!... Casi veo la mano del pastor que la ha arrancado.

—¿Veis tierra? ¡Aún no! Es la sombra del deseo; no rompáis el bauprés, ¡id con cuidado!

ved que el junco y la hierba es cosa nueva... esa no es esperanza, esa ya es prueba...

.....

¡Ira del cielo! Tras el mar de Atlante sepulta el sol sus rayos moribundos.

¡Ni siquiera una luz deja espirante en la ancha esfera de los anchos mundos!

¡En vano por ser dios, astro radiante, buscas los senos de la mar profunda!

¡La gloria de Colón será completa!

¡Te acuestas dios y te alzarás *planetal*...

Quando las sombras ¡qué piedad! miraron los marineros, con acento amante una Salve á la Virgen entonaron, clara luz del perdido navegante.

Y con pruebas que á todos admiraron prometió aquella noche el almirante realizar su fantástica quimera,

¡de tantos sueños realidad primera!

En calma está la mar. Sopla la brisa es la noche más negra á cada instante; sólo un brillo en los aires se divisa, cual de un ángel la risa fulgurante; y era que la *Esperanza*, con su risa, el aire enardecía, tan amante, que el mundo, electrizado, semejava que su faz con su espíritu alumbraba. Suenan las nueve. El mar sigue en bonanza; como á eso de las diez, Colón, inquieto, brillar hacía Occidente, en lontananza, miró un movible y luminoso objeto. Creyéndolo ilusión de su esperanza, llamó á Pedro Gutiérrez en secreto,

DON QUIJOTE

TRANSFORMISMO



—Mira, Melitón; es preciso que borres esas manchas de la pared.

2



—El arte «hace» belleza de todo. ¡Ya verás qué obra maestra voy á ejecutar!

3



—¡Eh! ¿Qué te parece?
—¡Admirable! ¡Eres un artista!



AMOR

LAS VIUDAS



—¡Si el difunto supiera que me acompaña mi primo!

LOS TENORIOS



El Don Juan de hoy y el de ayer.

HUMORADA



«¡Pero es más espantosa todavía la soledad de dos en compañía!»



Matilde Pretel.



Mac-Kinley.



Luisa Campos.



Un representante de la gracia divina.

NOTA ARTÍSTICA



Frente á frente.

CUADRO DE LUIS ALVAREZ



¿Regañados?



Matilde Rodríguez.



Vital Aza.



Clotilde Perales.



NUESTROS ANIMALES



—Toma, Chulo, una morcillita!

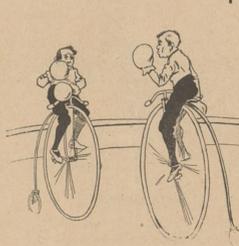


¡.....!



Alrededor de una buena dote.

LOS HÉROES DEL PEDAL



2

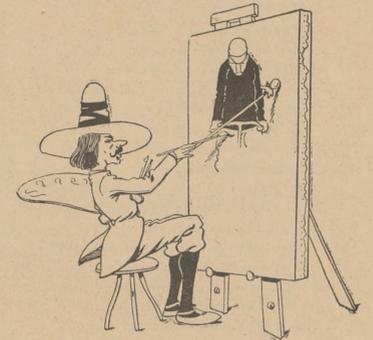


3



PODER DEL ARTE

1



2



3



INOCENCIA



—Pero, monina, ¿por qué lloras?
—¡Hii! ¡Hii! ¡Porque Arturito no quiere casarse conmigo!

para que viese así, como él veía clara la luz que á trechos se movía.

Viendo la luz ante sus ojos obvia, dió Gutiérrez la luz por luz probada; mas en la duda que su mente agobia; fué la opinión de Sánchez consultada; pero Rodrigo Sánchez de Segovia prorrumpió para sí, no viendo nada:

«Esas luces así son según veo, conexiones no más del buen deseo.»

Las doce dan... ¡Qué noche tan sombría! Dan la una... las dos... ¡no se oye un ruido! Ni lengua allí ni corazón había

que una voz levantase ni un latido. ¡Silencio sepulcral, que precedía al más grande rumor que el mundo ha oído, pues á hundirse iban en su calma muda más de mil lustros de ignorancia y duda!

Tras mil lustros, y más, llegó el momento...

Sonó en esto en la *Pinta* un cañonazo, que el Himalaya estremeció en su asiento, que hizo vibrar su cima al Chimborazo; tronó de firmamento en firmamento, y se le oír tronar de plazo en plazo, ¡hasta que roto el eje en que se funda, con pasmo universal el orbe se hundió!

¡TIERRA! grita una voz. Todos perplejos miran... ¡no es escrito!... ¡El cielo está sombrío! Sonríe la ESPERANZA... A sus reflejos miran más... ¡Tierra ven!... ¡No es desvarío!

¡Sí!... ¿Qué es la sombra que se ve á lo lejos?... ¡Tierra será, tierra es tal vez, Dios mío, pues aun tenaz en repetir se aferra

Rodrigo de Triana:—¡TIERRA! ¡TIERRA!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

RECETAS

La enferma está muy malita, casi agonizante. Hay junta de médicos. Los facultativos ¡qué portento! se hallan conformes con el diagnóstico. Es necesario, es urgentísimo restaurar las fuerzas de la paciente si ha de tener las bastantes para resistir la tremenda crisis. Se pasa á tratar del tratamiento. Y al llegar á este punto cada uno de los doctores emite su dictamen. He aquí uno para muestra:

Un sagastino.—Dejémonos estar. ¿Qué adelantaría mos con un cambio? Mudar de postura es sólo mudar de dolor. Más vale lo malo conocido... Sagasta es la astucia, es la penetración, es la experiencia. Sagasta nos conoce más que nosotros mismos nos conocemos. A la sombra de su paternal cayado, la enferma se irá reponiendo. Su previsión, su energía, su amor á la libertad...

Un moretista.—No hay sino D. Segis. ¡He ahí un estadista! Él nos hizo pagar la indemnización Mora, él dió la autonomía ¡tan á tiempo!, él se opuso á la guerra, con su habitual energía, previendo el desastre. Jubilemos al viejo pastor y elevemos á D. Segis sobre el pavés del liberalismo dinástico, ¡D. Segis forever!

Un gamacista.—Hundido Sagasta bajo la noche de sus fracasos, sólo D. Germán puede ponerse al frente de las huestes fusionistas. D. Germán realizará la regeneración de la patria por el lado de los cereales. Don Germán nos hará aprovechar hasta el rastrojo. D. Germán es un hombre serio como la ocasión y grave como las circunstancias. Si se ha hecho solidario de las culpas de este Gobierno ha sido por patriotismo. D. Germán será el salvador de España. Y si no, que lo diga Maura.

Un canalejista.—Pepe Canalejas es la inteligencia. Pepe Canalejas es la juventud. Pepe Canalejas es la renovación. Pepe Canalejas es la esperanza. Independiente de todos los partidos, no le alcanza la responsabilidad de ninguno. Fué á Cuba á estudiar aquello, y sus estudios nos serán muy útiles cuando hayamos perdido á Cuba. Inspira á un periódico muy popular, desde el cual defiende su democratismo *sui generis*. Está bien con los obispos y no mal con los militares. Si España quiere regenerarse necesita volver los ojos á Pepe Canalejas.

Un silvelista.—Primero sentido jurídico, después selección moralizadora, más tarde liquidación forzosa; ¿quién ha dicho, en cada momento, la palabra de la situación? No hay sin liquidación liquidador. Venga D. Paço á liquidarnos. Amigo del Papa, amigo del Nuncio, compadre de Pidal, jefe de Villaverde, caudillo de los niños góticos, restaurador del viejo moderantismo, devoto y gazmoño, ¿quien más á propósito para

traer á España los gérmenes de nueva vida que el insigne protegido de D. Arsenio?

Un romerista weyleriano.—¿Que de dónde venimos? De todas partes. ¿Que á dónde vamos? A cualquiera. Somos los hombres de empuje, la gente de acción, los políticos de cuidado. ¡Mucho ojo! España no se salvará sin nosotros. Ahora que va á haber paz hacen falta los hombres de guerra.

Uno del Sepulcro.—¡Ah, si volvieran los nuestros! ¡Ah, si la tumba soltara su presa! ¡Ah, si levantara la cabeza el difunto! A falta de ella, nosotros, fieles á la religión de la muerte cumpliremos la voluntad presunta del finado poniendo á nuestro frente á Tetuán que es hombre de puños.

Un carlista.—¿Qué esperamos? Las manos se me van tras el trabuco y siento hormiguillo en las piernas. ¡Malditos de Dios, amén, Cerralbo y los hojalateros! Si el señor no nos da pronto la orden de salir al campo ¿qué va á ser de España? ¿Cuándo verán restaurados los gloriosos días de Carlos II, Carlos IV y Fernando VII? Lo que España ahora necesita es otra guerra civil. Sin eso, ¡adiós honor, adiós regeneración de la patria!

Un nocedaño.—Por masones, por liberales, por herejes, nos castiga Dios, valiéndose como instrumento, de los yanquis, más herejes, más masones, más liberales que nosotros. ¡Inexcrutables designios de la Providencia! Dios condena en España lo mismo que protege en América. Inclinémonos ante sus fallos reconociendo que, si no volvemos á restaurar, desde la ronda de pan y huevo hasta la Santa Inquisición, nuestras venerandas tradiciones, estamos perdidos. Nunca más el caballo de Santiago se interesará en nuestro favor.

Un republicano.—Me asombra que la montaña no haya venido aún á nosotros. ¿Qué aguarda el país para entregárenos? ¿Qué mayores garantías podemos ofrecerle? Partido serio, compacto, disciplinado, máxime en sus soluciones, rebosante de fraternidad, regido por hombres á quienes hemos llenado de prestigios, henos aquí prontos á hacer efectivas desde el gobierno las esperanzas que despertamos en veinticinco años de enérgica y discreta oposición. La opinión se habrá vuelto loca si no nos llama.

Un ditactorial.—Aquí falta mucho palo y caiga el que caiga.

Un socialista.—¡Si gobernara Pablo Iglesias!

Un novador.—Vida nueva, hombres nuevos, nuevos procedimientos, nuevas soluciones: esto es lo que se necesita. ¿Cuál es esa nueva vida? ¿Dónde están esos nuevos hombres? ¿En qué consisten esas nuevas soluciones y esos nuevos procedimientos? No lo sé, pero siento hambre y sed de renovación.

..

Así se explican los galenos, y la patria, como Tiberio, se muere mientras ellos disputan. Y es que aquí se cumple al pie de la letra el conocido apotegma que dice: «quien tiene un médico, tiene médico; quien tiene dos médicos, tiene medio médico; quien tiene tres médicos, no tiene médico. ¡Qué será del que tiene trescientos!

ALFREDO CALDERÓN.

LO MEJOR DE LA VIRGEN

Lo mejor de la Virgen, hija mía, dice el padre vicario á Rosalía, no es su santa bondad, no es su belleza; lo mejor de María, sin género de duda, es la pureza.—Rosalía, que unida al hombre amado siente el primer latido del fruto de su amor santificado, le contesta con rostro enrojecido:

—Perdonad, señor cura, si os enoja mi opinión en tal punto, que vos, padre, tomaréis como extraña paradoja: ¡Lo mejor de la Virgen es ser... madre!

LA FAMILIA DE D. CARLOS

Ponderan mucho los carlistas la nobleza de la familia de D. Carlos. Según ellos, no ha habido príncipes ni más hidalgos ni de más religiosos sentimientos. Nosotros, por lo contrario, los creemos los hombres más criminales del mundo.

Empiezan por arrogarse derechos que no les ha dado ni Dios ni el pueblo. Sesenta y un años hace que pugnan por realizarlos, sin que el pueblo los haya reconocido nunca por sus reyes, ni Dios les haya otorgado la victoria en ninguna de sus largas luchas.

Fundándose en esos pretendidos derechos, no han vacilado en promover una tras otra guerras. Durante más de quince años han cubierto la nación de luto y sangre, patrocinando, cuando no perpetrando, los más horrendos crímenes.

Han cometido por dos veces el delito de lesa patria: el año 1860, alzándose en San Carlos de la Rápita, cuando teníamos comprometido en Africa el honor de nuestras armas; los años 1871 y 1872, levantándose en Cataluña y las Provincias Vascongadas, cuando arreciaba la insurrección en Cuba.

En los sucesos de San Carlos de la Rápita no pudieron llevar á más su villanía. Presos por nuestras tropas renunciaron solemnemente á sus pretensiones á la Corona, temerosos de la muerte que los amenazaba; y poco después, fuera ya del alcance de los poderes de España, anularon su renuncia, prontos á encender aquí de nuevo la discordia y la guerra. No tuvieron el valor de seguir la suerte de su desdichado general Ortega, que murió, según dijo, víctima del silencio.

Del valor en la guerra dió claro testimonio en Oroquieta el actual pretendiente. Huyó trepando breñas y siguiendo las trochas de los contrabandistas, y no paró hasta haber ganado por los Alduides la frontera de Francia.

No hablamos aquí sino de los hechos públicos; de los escándalos de Carlos VII está llena Europa. ¿No parece imposible que en hombres tales pongan su esperanza gentes, al parecer, cultas? Para nosotros son esos hombres veinte veces más criminales que los más furiosos anarquistas. Juntos los crímenes de los anarquistas, no han producido más víctimas que las ocasionadas en un sólo día por tan funestos príncipes.

¡Si siquiera se hallasen esos perturbadores dotados de algún talento! Son notorias la nulidad del abuelo, la escasa inteligencia de los hijos, la torpeza del nieto, que ha viajado inútilmente por Europa y América. Que el nieto es torpe y nada ha aprendido en sus viajes, no lo decimos nosotros, lo dicen sus propios partidarios, cuando saben que no pueden embaucar al que los escucha.

Insisten, sin embargo, en abrir otra guerra por elevarlo al trono. ¿Es tampoco de hombres de conciencia y moralidad esta conducta? ¡Cuando España muere, ir á buscar á un necio para que la salve! Nosotros le guiaremos, dicen, y no volverá en manera alguna la nación á los días del absolutismo. ¿Qué bandera es entonces la que pensáis enarbolar vosotros los tradicionalistas? Si la liberal, ¿á qué el cambio? Si la antiliberal, ¿cómo no nos habéis de llevar al despotismo, á la unidad católica, á la muerte del pensamiento? La Iglesia podría más que vosotros y vuestro rey, y veríamos, mal que os pesase, reproducidas las sangrientas venganzas del año 24. Si ahora no pierde ocasión de ultrajar á los liberales, ¿qué no haría entonces?

Para que bajase España al fondo de su vergonzosa decadencia, no faltaría sino que D. Carlos se sentara en el trono. Afortunadamente está condenado al suplicio que inflige Dante á los que por la gula pecaron.

INSTANTÁNEA

EMBARGO

Abrió la puerta la abuelita. ¿Quiénes eran aquellos hombres que no se descubrían al entrar, y que la conestaban con tan malas maneras? Les miró sorprendida, y ocupó nuevamente su sillita baja, cerca de la tarima, al lado del diminuto armario donde guardó la perfumada ropa de su boda.

Y he aquí que de pronto los hombres la alzaron de su silla, cargaron á los mozos con el armario, la tarima y la silla, lleváronse el retrato de su esposo muerto, y la colcha de aguja que hizo ella misma en las veladas del invierno triste.

Todo se lo llevaron. La ancianita se halló entonces muy sola. Todos sus recuerdos, todas sus alegrías se cifraban en aquellos humildes muebles. Al quitárselos, la quitaban todo el pasado con sus encantos, todos sus humildes solaces, toda su vida en fin.

Y lloró.

Lloró, como al perder al compañero de su vida, y murmuró con frase balbuciente: ¡Ahora me moriré!

Se moriría, sí. La ley, que se detiene ante las herramientas del obrero y los libros del sabio, no respeta el ajuar de la anciana ni los delicados juguetes del niño. El usurero es antes.

Un brasero, una silla, un armarito, un retrato pueden ser para una viejecita todo un mundo.

Para el juzgado, no.

Son cuatro objetos que inventariados ocupan medio folio. Tres pesetas cincuenta céntimos, según el arancel.

CARLOS CHRISTIAN.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca 18.